

Una nota sobre influencias quevedianas en *El rey gallo y discursos de la hormiga*, de Francisco Santos

Ignacio Arellano
Universidad de Navarra

1. En su edición¹ de *El rey gallo y discursos de la hormiga* de Francisco Santos, Víctor Arizpe dedica unas interesantes reflexiones de su prólogo al examen de las fuentes de inspiración que observa Santos en esta obra de sátira lucianesca, en las que añade a las fuentes generalmente admitidas (Quevedo, Gracián, Zabaleta...) una muy importante (que afecta a varios de los cantos de este gallo moralista y metamorfoseador), el *León prodigioso* (1636), de Cosme Gómez Tejada de los Reyes.

En lo que respecta a Quevedo, que es quien ahora me interesa, Arizpe recoge los pasajes apuntados por tres trabajos anteriores², que constituyen, según mi información, el conjunto completo de los dedicados a este aspecto: dos de Hammond y unas observaciones de Julio Rodríguez Puértolas en su edición de otras obras de Santos, *El no importa de España* y *La Verdad en el potro*.

De manera general, críticos como Pfandl y Chandler³ habían subrayado la imitación quevedesca, y el propio Santos menciona repeti-

¹ London, Tamesis Books, 1991. Es la única edición moderna que conozco.

² Los dos trabajos de J. H. Hammond son «A Plagiarism from Quevedo's *Sueños*», *Modern Language Notes*, 45, 1949, pp. 329-31 y *Francisco Santos' Indebtedness to Gracián*, Austin, The University of Texas Press, 1950, donde hay referencias a Quevedo también. La edición de Rodríguez Puértolas en London, Tamesis, 1973.

³ Ver Arizpe, edición citada, pp. 15-16.

damente⁴ a Quevedo, señalando, por ejemplo, que «mi prosa es tenida por de Quevedo en lo satírico y equívocos que juego», y expresando su admiración: «el mayor hombre que las edades conocieron, gran teólogo, gran filósofo, gran poeta, gran decidor de verdades: por eso fue amargo, porque dijo su sentir verdadero. Hasta hoy ha habido un Quevedo, y ese fue don Francisco de Quevedo y Villegas, eminentísimo sobre los nacidos, a quien la inmortalidad levantó estatua permanente por todos los siglos». En el canto IX de *El rey gallo*, califica a Quevedo de «sin segundo en mi edad».

Resulta de cierto interés, por tanto, fijar de la manera más precisa posible esta influencia quevediana, y no solo para la obra que ahora me ocupa, sino para toda la producción de Santos. Ampliando este tipo de análisis a otros poetas, sobre todo a los segundones que cultivan la literatura jocosa o la sátira moral (Polo de Medina, Trillo y Figueroa, Bernardo de Quirós, Jacinto Alonso Maluenda...) podría establecerse un buen mapa de las influencias de Quevedo en este territorio que con tanta maestría cultivó.

Una buena parte de las referencias pertinentes en *El rey gallo* quedan anotadas en el aparato crítico de Arizpe, y no tiene objeto volver sobre ellas, pero creo que se pueden añadir algunos detalles, ilustrativos y confirmadores de la presencia quevediana en estos coloquios, a la vez que iluminadores de las formas de adaptación que Santos practica.

Completaré, pues, las observaciones del moderno editor, apuntando unos pocos pasajes más en los que Santos sigue, imita o parafrasea detalles o expresiones de Quevedo, y en los que la crítica no ha reparado hasta la fecha, que yo sepa, o lo ha hecho sin la suficiente minuciosidad.

La mayoría son microtextos, insertados sin mayor expansión textual; uno, la caricatura de la dueña, es más importante y parece raro que haya escapado al microscopio de los estudiosos.

2. Respecto a los pasajes ya denunciados por la crítica, conviene precisar algunas matizaciones, tanto en lo que se refiere a *El rey gallo*, como a otras obras de Santos en las que se han visto modelos quevedianos.

Rodríguez Puértolas⁵ señala al dómine Cabra como modelo de un personaje de *Las tarascas de Madrid*, que Santos retrata así:

⁴ Primera cita de las que siguen en *El no importa de España*; la segunda pertenece a *La verdad en el potro*. Las recuerda Rodríguez Puértolas en pp. XXXII-XXXIII de su edición.

⁵ Edición citada, p. XXXIII, nota 68.

tenía en la frente preñada dos verrugas como dos huevos; los ojos tan hundidos que apenas se veían; las cejas muy largas; las narices de la hechura de un tomate grande y maduro; los bigotes como de gato; la barba tan salida que a visitas se iba de los ojos, sin poderlo conseguir. Tenía en ella unos pelos como de cabra vieja; los carrillos muy chupados y de una rasgada boca le salían unos colmillos como de jabalí...

Algunos rasgos (los ojos hundidos—aunque sin la imagen característica de los cuévanos— y la barba salida que evoca la nuez de Cabra) proceden sin duda de un recuerdo quevediano, bastante poco ceñido al ejemplar. Otros elementos, sin embargo, resultan más bien adaptaciones (tampoco excesivamente cercanas) del retrato del diablo Cojuelo de la obra de Luis Vélez⁶ (Tranco I), de donde proceden las verrugas caricaturescas (*chichones* en Cojuelo), los colmillos, los bigotes (de gato en Santos, de tigre en Vélez), los pelos de cabra (*pelos ralos* en Vélez). Compárese, en fin, con el texto de *El diablo Cojuelo*:

hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca [...] la boca formidable y apuntalada en dos colmillos solos [...] erizados los bigotes como si hubiera barbado en Hircania [bigotes de tigre], los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí

Se trata de una composición híbrida, técnica que se repite en Santos.

El otro retrato de *El rey gallo*, que Rodríguez Puértolas⁷ considera imitación del dómine Cabra, se lee en el canto XI:

un hombre venerable por su aspecto, barba letrada, el rostro de otros tiempos, [...] los ojos casi en la cueva del cerebro; la color en poder de ladrones por lo robado; las mejillas entre brujas, por lo chupado; la boca saqueada; las narices aisladas; la alegría como entredicha; [...] el vestido muy del tiempo en lo remendado...

Arizpe recoge la opinión de Rodríguez Puértolas, dándola por buena al parecer. Pero esta caricatura no remite a Cabra, de cuyo retrato apenas se rastrean detalles como los ojos «en la cueva del cerebro» (que parece una mala reescritura de los cuévanos quevedianos). Sobre todo debe repararse en el contexto alegórico, que nos pone en la pista del verdadero modelo (más funcional que físico) de este retrato, que no es sino el viejo Desengaño del discurso *El mundo por de*

⁶ Libro que critica negativamente Santos en *El arca de Noé*, donde se dice que es libro «sin enseñanza buena ni moralidad» (cit. por Rodríguez Puértolas, p. XXII).

⁷ Edición citada, p. XXXIII, nota 68: «retrato cuyo modelo es el famoso dómine Cabra»; el retrato en p. 191 de *El rey gallo*, ed. Arizpe.

dentro, de cuyo núcleo elemental parte Santos para desarrollar otros rasgos.

Diríase que el breve texto quevediano funciona aquí como catalizador, o evocador de una caricatura que Santos amplía, aunque para ampliarla recurra a elementos sueltos del *Buscón* y de alguna otra pieza quevediana como el soneto⁸ «Señor don Juan, pues con la fiebre apenas», de cuyo verso 6 «la boca, de los años saqueada», procede una de las imágenes del retrato de Santos.

El Desengaño se describe en el discurso quevediano solamente como «viejo venerable en sus canas, maltratado, roto por mil partes el vestido y pisado»⁹ (rasgos estos dos, el del aspecto venerable a la vez que desharrapado, fundamentales en su contraste básico y moralizante, que Santos recoge con cuidado). En el pasaje añadido de *Juguetes de la niñez* (1631) se aportan algunos otros elementos, como las mejillas llenas de dobleces (evocadas en las mejillas chupadas del retrato de Santos).

Un detalle más: en la continuación de este discurso tal como se publica en la edición de *Juguetes de la niñez*¹⁰ aparece la imagen de la cuerda, debajo de la cual hace cada uno lo que quiere demostrando sus verdaderas inclinaciones. El Desengaño muestra a su interlocutor lo que se hace bajo cuerda. Santos recoge esta misma imagen jugando de nuevo con la frase hecha utilizada por Quevedo en semejante contexto: «—Dígame el señor Ermitaño ¿cómo llevan todos debajo del sayo cuerda...? —Bien digo yo —replicó— que sois tontos; ya ¿qué cosa hay que no se haga por debajo de cuerda?»¹¹. Santos maneja, pues, los Sueños quevedianos en la edición de *Juguetes*, no en la príncipe de 1627, donde este pasaje no existía.

Otro fragmento en que conviene deshacer cierta confusión es el relativo al canto VII, líneas 120-69 de la edición de Arizpe, que se refiere a los médicos, boticarios y sacamuelas, cuya fuente está en *La visita de los chistes*, como señala Hammond¹². No hay hasta aquí problema ninguno. Pero en la página 18, nota 15 de su edición, Arizpe localiza este pasaje comentado por Hammond, erradamente, en el

⁸ Ver *Poesía original* de Quevedo, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1971, núm. 1.

⁹ Quevedo, *Los sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1996, p. 274 (p. 485 para versión de *Juguetes*).

¹⁰ Véase mi edición en Cátedra, citada, pp. 498-502 para este fragmento añadido de la cuerda y lo que hacen las gentes bajo cuerda.

¹¹ *El rey gallo*, p. 192. Estos motivos apuntan inequívocamente al viejo Desengaño, y no a Cabra, como modelo evocado en el Ermitaño de *El rey gallo*.

¹² «A plagiarism...»; este articulito se dedica precisamente a este pasaje.

«canto VI, líneas 120-169» de *El rey gallo*. Se trata probablemente de una errata (al poner canto VI por canto VII), pero hay que tener cuidado, porque casualmente en el canto VI, y en las líneas 134 y siguientes (muy cerca de las 120 y ss., por tanto, lo que puede inducir a confusión), Santos coloca otro texto sobre las plegarias corrompidas de los que no saben pedir a Dios:

Repara en aquellos que van a los templos a pedir; escucha aquel rico soberbio, pidiendo reinos y mayorías; [...] mira aquel que quiere heredar, cuán atrevidamente pide la muerte de su padre, diciendo a Dios que le despene, que se duela de la cruel carga de tantos años [...] Mira aquella casada, con el fervor que pide la muerte de su marido...

Y este trozo remite de nuevo a otra fuente quevediana, no señalada por los críticos, y que se puede leer en *Las zahúrdas de Plutón*¹³:

Oh, corvas almas, inclinadas al suelo, que con oración logrera y ruego mercader y comprador os atrevistes a Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardábades a coger solos los retablos [...] «Señor, muera mi padre y acabe yo de suceder en su hacienda»...

3. Añadiré algún otro elemento quevediano tomado o adaptado por Santos en esta obra, que no he visto apuntado por Hammond, Rodríguez Puértolas o Arizpe.

Las puntadas vivas

En el canto IV, p. 121, línea 183 de la edición de Arizpe que vengo manejando, un pícaro al sol «mata las puntadas vivas de sus hatos», microtexto metafórico que se refiere a los piojos, y que procede del romance quevediano «Burla el poeta de Medoro y Medoro de los Pares» (*Poesía original*, núm. 704, vv. 1-4):

Quitándose está Medoro
del jubón y la camisa,
al sol de marzo una tarde,
algunas puntadas vivas.

Gatos y maullidos

De Quevedo procede seguramente el juego de palabras con la onomatopeya del maullido gatuno aplicado a los ladrones o logreros: «to-

¹³ Ver mi edición de *Los sueños*, pp. 471-72 donde se recoge la versión de *Juguetes*, de la que cito arriba algún fragmento, y para la tradición clásica del motivo (fuente original en Persio, con otros motivos de Séneca y Luciano), las notas a la versión de *Sueños, Sueño del Infierno*, pp. 232-33.

dos los avarientos logreros que viste poco ha, se han vuelto gatos, por no perder la pasión de mío, mío» (*El rey gallo*, p. 129, líneas 122-23), que usa Quevedo varias veces, por ejemplo en el romance «Enero, mes de corozas» (*Poesía original*, núm. 685, vv. 37-40):

Todo requiebro era «mío»
y ninguno era de entrambos;
discretamente se huelgan
si no me desmiente el barrio.

La vieja y el espejo

Hay en Santos una vieja que tira el espejo (*El rey gallo*, p. 181, líneas 100 y ss.):

otra buena vieja que halló entre la basura un pedazo de espejo y al mirarse, viéndose tan vieja y fea, dijo, dando con él en la pared: Con razón anda entre muladares quien es tan malo [...] Oh, bien hayan los espejos de mi mocedad, que hacían unas caras como unas rosas...

La vieja que buscando por un muladar halla un trozo de espejo y se mira con gran disgusto y enfado, es chiste tradicional, como hace notar Chevalier en su examen de los cuentecillos en Quevedo¹⁴. Probablemente, como indican el mismo Chevalier y M. Pilar Cuartero¹⁵, el cuentecillo se remonta a la *Antología griega* y Ausonio. Aparece en la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz:

Una vieja hallóse un espejo en un muladar, y como se miró en él, y se vio tal, echando la culpa al espejo, le arrojó diciendo: —Y aun por ser tú tal estás en tal parte.

Y pasa a un repertorio (entre otros) como el *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correas¹⁶: «No estabas tú aquí por bueno. Dijo esto la vieja al espejo que halló echado en un muladar, porque la hizo mala cara y volvióle a dejar». Baltasar del Alcázar tiene otras reelaboraciones poéticas («A una vieja que se halló un pedazo de espejo en un muladar y lo quebró»), pero sin duda la fuente de inspiración de Santos es el romance de Quevedo «Una incrédula de años» (*Poesía original*, núm. 691) que amplifica enormemente el motivo con gran lujo de detalles no recogidos en Santos.

¹⁴ «Cuentecillos y chistes tradicionales en la obra de Quevedo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 25, 1976, pp. 17-44 (ver p. 18).

¹⁵ Ver su edición de Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 300.

¹⁶ Edición de Madrid, Real Academia Española, 1921, p. 347.

No obstante, en la parte final del fragmento citado de *El rey gallo* se integra otro motivo procedente de un cuento distinto de la *Floresta* de Santa Cruz, colocado en la colección inmediatamente después del de la vieja, relativo al viejo que se mira al espejo y al verse lleno de canas y arrugas decía «No hacen los espejos agora como solían, que me acuerdo yo que hacían un rostro que era alegría de verle».

Los refranes

La serie del canto IX sobre refranes y bordoncillos vedados¹⁷, que Hammond enlaza con Gracián, puede remitir en parte a las premáticas quevedianas contra estos latiguillos lingüísticos: *Premática de 1600, Cuento de cuentos...*

La dueña

El pasaje más llamativo que hay que apuntar es el retrato de la dueña, del canto VIII, pp. 158 y ss., líneas 37 y ss., que es adaptación muy cercana del retrato de la dueña Quintañoña de la *Visita de los chistes*. Escribe Santos:

—¿Has visto más horrenda visión? La cara parece orejón, los ojos dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas arrugas y tal color, yo la juzgo planta de pie; pues miren la nariz, alquitara siempre en conversación con la barbilla y casi se juntan; pues la boca ¿a qué la compararé yo? A la lamprea, sin dientes que roiga ni muela que casque; toda ella parece bolsa de pliegues [...] Ya la apunta el bozo [...] pues la cabeza parece movimiento de sonajas [...] pues el habla [...] parece habla de danzante. Mirad qué tocas sobre un monjil negro [...] tumba con esmalte de mortaja [...] el rosario que trae al cuello, las cuentas parecen huevos y por paternosters muertas [...] Abreviatura del otro mundo, ¿quién eres? [...] ¿Eres madre o tía, suegra o cuñada? [...] Un pedazo de cecina ahumada, con ojos tiernos y nariz húmeda, colgando la moquita eternamente [...] un demonio en tocas [...] Yo creí que las mujeres se morían en volviéndose dueñas, pero ya me acuerdo que os cantan «Doña Vida perdurable, parienta de don Vestiglo» [...] a la orilla de una tarima guardando doncellas [...]

Pero dime ¿por qué en faltando en casa de algún señor tan solo un cabo de vela han de decir luego: llamen a la Ordóñez, llamen a la Álvarez?

—Porque somos las sabandijas de la casa —respondió— y no hay chisme que no le hayamos inventado; y lo mejor es que nadie nos pueda ver; las criadas porque las guardamos, los criados porque nos guardamos [...] huyendo de cumplimientos y de ver encaramada sobre chapines negros y altos, que parecemos túmulos vivos...

¹⁷ Véanse las pp. 168 y ss., y Hammond, *Francisco Santos' Indebtedness to Gracián*, pp. 63, 72...

Etc. Sigue luego en el pasaje el chiste del que prefería pasar la noche en la picota en vez de entrar en Dueñas, otra vez cuentecillo folklórico, pero directamente tomado de Quevedo. Véase, en fin, el pasaje quevediano correspondiente¹⁸:

Con su báculo venía una vieja o espantajo, diciendo:

—¿Quién está allá a las sepulturas? —con una cara hecha de un orejón; los ojos en dos cuévanos de vendimiar; la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecía planta de pie; la nariz en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra, y una cara de la impresión del grifo; la boca a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa a lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro, esmaltada de mortaja la tumba; con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía con las muertecillas que colgaban dél que venía pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, dije a grandes voces, pensando que sería sorda:

—¡Ah, señora, ah, madre, ah, tía! ¿Quién sois? ¿Queréis algo?

Ella entonces, levantando el abinitio et ante secula de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre ni tía; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada.

¿Quién creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como esta? Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cimiterio. Díjela que perdonase y preguntéle su nombre. Díjome:

—Yo soy dueña Quintañoña.

[...]

—Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado a dueña perdurable que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá, me desengaño, y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: «Miren la dueña Quintañoña, daca la dueña Quintañoña».

—Dios os lo pague y el diablo os lleve —dijo—, que tanta memoria tenéis de mí, y sin habello yo de menester. Decí, ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy Quintañoña. ¿No hay deciochenas y setentonas? ¿Pues por qué no dais tras ellas y me dejáis a mí, que ha más de ochocientos años que vine a fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos a recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas a los condenados y guardando cabos de tizonas, como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno. Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: «¡Dueña, no por mi casa!». Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo a quien atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo. Más quiero estar aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y no sentada a la orilla de una tarima guardando doncellas, que son más de trabajo que de guardar, pues en viniendo una visita aquel «¡Llamen a la dueña!», y a la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo todos; en faltando un cabo de vela «¡Llamen a Álvarez,

¹⁸ *Los sueños*, ed. cit., pp. 533-35.

la dueña le tiene!»; si falta un retacillo de algo: «¡La dueña estaba allí»; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas; si algún chisme hay: «¡Alto a la dueña!». Y somos la gente más mal aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamies. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas porque dicen que las guardamos; los señores porque los gastamos; los criados porque nos guardamos; los de fuera por el coram vobis de responso, y tienen razón, porque ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. ¡Pues cuando en una visita de señoras hay conjunción de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos, de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lantejas y pronostican candiles y veladores y tijeras de espabilar. ¡Pues qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años o ocho años sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías y, poniéndose cada una a las espaldas de su ama a entristecerlas las asentaderas, bajar trompicando y dando de ojos a donde en una silla entre andas y ataúd, la llevan los pícaros arrastrando. Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver a ser dueña. Pues hubo caminante que preguntando dónde había de parar una noche de invierno yendo a Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo que si había dónde parar antes o después. Dijéronle que no, y él a esto dijo: «Más quiero parar en la horca que en Dueñas», y se quedó fuera en la picota.

Ciertamente la comparación es instructiva: Santos rebaja extraordinariamente la potencia grotesca del modelo, reduce muchos motivos (a diferencia de la tendencia amplificatoria que suele regir este tipo de imitaciones), cambia la formulación borrando en ocasiones la ingeniosa expresividad quevediana: nótese cómo convierte un «habla danzante», con calificación chistosa, en un «habla de danzante» que no tiene sentido; o interpreta que las dueñas son túmulos vivos porque llevan chapines *negros* (dato añadido por Santos para hacer más «clara» una imagen que tiene otro fundamento del que él interpreta) cosa que no dice Quevedo, quien las compara con túmulos por estar sobre chapines, sí, pero sobre todo por su calidad tenebrosa y mortuoria, sus tocas negras, su vejez macabra; la pregunta «¿Eres madre, o tía, suegra o cuñada?» es una torpe mala interpretación del texto de Quevedo: Santos añade a la enumeración dos personajes, la suegra y la cuñada, tradicionalmente objeto de chistes y críticas, sin darse cuenta de que el narrador se dirige a la vieja con apelativos populares para las viejas, como madre, tía... contexto en el que la suegra y la cuñada nada tienen que hacer. El sintagma «dueña perdurable» le recuerda otro lugar quevediano, y evoca el romance «Comisión contra las viejas» (*Poesía original*, núm. 708), que es donde se les canta a estas viejas «doñas Siglos de los Siglos, / doñas Vidas perdurables» (vv. 9-10), o quizá el núm. 748, que pinta la mujer de un abogado, a la que llama «vieja vida perdurable» (v. 15). Creo que el recuerdo fónico de «Siglos de los Siglos» (lectura del pasaje quevediano en cuestión) atrae a la memoria

de Santos otra expresión de Quevedo relativa a otra vieja, «Si tú te hicieras preñada / se engendrara algún vestiglo» (núm. 748, vv. 117-18), o quizá ambas expresiones sean reescritura de los versos citados de este romance núm. 748, donde se halla tanto la imagen de las vidas perdurables como la del vestiglo:

4. En todo caso lo que me parece revelador es, por un lado, la intensidad de las imitaciones quevedianas de Santos, que evidencian una impregnación constante, con frecuentes hibridaciones de motivos, y pasajes, y por otro, el tipo de adaptación (restrictiva generalmente) que practica Santos, en un tipo de literatura mucho más limitada que la de su modelo.

Por lo demás, los modos de adaptaciones habrían de estudiarse con mucho mayor detalle, una vez examinada sistemáticamente la influencia de Quevedo en su obra, trabajo que sería útil hacer con otros escritores menores con un alto grado de presencia quevediana, como los que he citado antes. Aquí me he limitado a apuntar unas pocas muestras en esta moralización de *El rey gallo*, para fijar algún que otro modesto hito en un camino que sin duda sería interesante recorrer.